

FRANCO PRESIDE EN SEVILLA LA SOLEMNE CORONACION CA- NONICA DE LA VIRGEN DE LA MACARENA

Miles de fieles, que abarrotaban las naves de la Catedral hispalense, prorrumpieron en vítores y aplausos cuando el cardenal Bueno Monreal colocó la corona a la imagen

FUE LEIDA UNA CARTA DE S. S. PABLO VI, EN LA QUE EXALTA EL AMOR DE SEVILLA A MARIA

EL MAL TIEMPO IMPIDIO QUE LA CEREMONIA SE CELEBRARA EN LA PLAZA DE ESPAÑA

Sevilla 1. (Crónica de nuestro correspon-
sal, por teléfono.) No pudo celebrarse la
coronación canónica de la Virgen de la Ma-
carena en la plaza de España, en el gran-
dioso semicírculo de ladrillos dorados,
mármoles blancos, forjas y policromos azu-
lejos trianeros que el genio creador de don
Aníbal González levantó en el corazón del
parque de María Luisa. La inclemencia del
tiempo lo impidió. La ceremonia litúrgica
tuvo, pues, por marco el mismo que ha en-
cuadrado el triduo preparatorio. El crucero
de la catedral hispalense, en la puerta de
la Concepción, junto al Patio de los Na-
ranjos, cerca de la capilla real, donde se
venera a la Patrona de la archidiócesis,
Nuestra Señora de los Reyes, y una dorada
urna guarda los restos del Rey San Fer-
nando, Patrón de la ciudad.

A las seis de la mañana del domingo,
hora en que la Macarena debía ser trasla-
dada en su "paso", en rosario de la auro-
ra, a la plaza de España, un inmenso gen-
tío, a pesar de la lluvia y el viento que
azotaban con fuerza, se congregó en los
alrededores de la catedral. Cuando se de-
sistió de la procesión y se abrieron las
puertas del templo, la multitud invadió las
naves para acercarse al "paso" de la Ma-
carena, que aparecía con toda su candelaria
encendida y un soberbio adorno de claveles
blancos y gladiolos en jarras, en cenefas
y en macizos. La Virgen, bellísima, lucía
preciosa saya, un finísimo encaje del si-
glo XVII, formando las tocas, y el magní-
fico manto de terciopelo de Lyon, verde,
bordado en oro, que estrena para su coro-
nación. Sobre su pecho, las famosas flores
de esmeralda, regalo de Joselito, y las me-
dallas de oro que le han ofrendado Her-
mandades sevillanas; llevaba también el
rosario de oro que le fue donado por
Juan XXIII. Ante el "paso" se rezó el
Santo Rosario, se cantaron Salves y se
dijeron misas. Más tarde se anunció que,
ante la persistencia del mal tiempo, la cere-
monia de la coronación canónica se cele-
braría en la catedral, a las siete y media
de la tarde.

Durante todo el día no cesaron las visi-
tas y las ofrendas de flores a la Macarena,
y a la hora de comenzar los actos, el gran-
dioso templo metropolitano hispalense, uno
de los mayores de la cristiandad y, desde
luego, el más grandioso de España, se vio
abarrotado de fieles. El aspecto de las ma-
jestuosas naves, ocupadas por la multitud,
era realmente impresionante. Muchas per-
sonas utilizaban pequeños espejos, alzóndolos
sobre el mar de cabezas, para poder
seguir los detalles de la ceremonia. El
"paso" de la Macarena había sido colocado

ante el altar, donde se ha venido celebrando
el triduo.

Poco después de las siete de la tarde
llegó a la catedral el cardenal-arzobispo,
doctor Bueno Monreal, al que acompañaba
el Cabildo; los arzobispos de Catania (Ita-
lia); preconizado de Zaragoza, doctor Can-
tero Cuadrado; de Cádiz-Ceuta, doctor
Añoveros; auxiliar de Sevilla, monseñor
Cirarda; abad mitrado del monasterio de
Poblet y el canónigo de la Basílica Vatica-
na, monseñor Altabella, que actuó de pro-
tonotario apostólico. El cardenal pasó a
ocupar su trono, donde se revistió de los
ornamentos pontificales. Los demás prela-
dos se colocaron en sitials, al lado de la
Epístola.

LLEGADA DEL JEFE DEL ESTADO

Momentos después de las siete y media
hizo su entrada en el templo, por la puerta
de los Palos, Su Excelencia el Jefe del Es-

tado, acompañado de su esposa, doña Car-
men Polo de Franco; su hija, la marquesa
de Villaverde, y séquito. A su llegada fue
cumplimentado por los ministros de Justi-
cia, señor Iturmendi; de Comercio, señor
Ullastres; de Educación Nacional, señor
Lora Tamayo; del Aire, señor Lacalle; de
la Vivienda, señor Martínez y Sánchez-
Arjona; presidente del Consejo de Econo-
mía Nacional, delegado para Sevilla, señor
Gual Villalbi; las primeras autoridades se-
villanas y el hermano mayor de la Herman-
dad de la Macarena, don Ricardo de Zubir-
ria. Franco vestía uniforme de capitán
general y su esposa se tocaba con mantilla
negra. Llevaban pendientes del cuello la
medalla de oro de la coronación. Sus Exce-
lencias pasaron a ocupar el trono colocado
al lado del Evangelio, mientras la mar-
quesa de Villaverde lo hacía en lugar reser-
vado junto al alcalde, y los ministros se
situaban en sitaliales fronteros al altar. De-
trás de éstos tomaron asiento las autori-
dades, personalidades y representaciones.
Frente al "paso", sobre un cojín de terciopelo
rojo, estaba la corona de oro que había
de serle impuesta a la Virgen, soberbia
pieza construida en 1912, costeada por co-
frades y devotos y que ha sido reforzada
y enriquecida con brillantes y piedras pre-
ciosas. Al lado derecho de la corona toma-
ron asiento la princesa doña Esperanza de
Borbón y Orleans de Braganza, camarera
de honor de la Virgen, y su sobrina la
princesa Ana de Francia, hija del conde
de París. A la izquierda se situaron los
padrinos de la coronación, el alcalde don
José Hernández Díaz, en representación de
la ciudad de Sevilla, y la señorita Inmacu-
lada Rodríguez, por delegación de la Co-
munidad de Hermanas de la Cruz.

Seguidamente comenzó la solemne misa
de pontifical, oficiada por el cardenal-
arzobispo, asistidos por capitulares del Ca-
bildo metropolitano. En la ceremonia se
utilizaron los ricos paramentos que se es-
trenaron a principio de siglo para la coro-
nación de la Virgen de los Reyes. La
Asociación Coral Sevillana, con orquesta,
cantó la misa de la coronación, de Mozart.

LA CORONACION

Terminada la misa, el canónigo del Ca-
bildo de San Pedro de Roma, monseñor
Altabella, dio lectura a la bula pontificia,
firmada por el cardenal Marella, decretan-
do la coronación canónica de la Macarena.
Después de bendecida la corona, el carde-
nal y el alcalde la pusieron sobre las sienes
de la Esperanza, momento que fue acogido
con una gran ovación, en tanto los vivas!
a la Virgen retumbaban bajo las inmensas
bóvedas. Las lágrimas brillaban en muchos
ojos. Luego el cardenal Bueno Monreal
rezó las preces litúrgicas y prendió en la
saya de la Virgen su cruz pectoral, besan-
do, por último, las manos de la imagen. A
continuación el obispo auxiliar, doctor Ci-
rarda, leyó la carta dirigida por el Papa
Pablo VI, con motivo de la coronación, al
doctor Bueno Monreal.

Después, el cardenal Bueno Monreal pro-
nunció una alocución en la que, tras re-
ferirse al acto y a la presencia del Jefe del

Estado, que ha querido venir como romero de la Macarena, gesto que ha sabido apreciar Sevilla, exaltó el amor de los sevillanos a la Virgen de la Esperanza, y terminó diciendo: "Queremos que ella sea nuestra Reina, pero nosotros le juramos que seremos siempre sus fieles ciudadanos, sus hijos más devotos, sus amantes sevillanos sinceros, que desarrollen el bien de la ciudad, de los hogares, de las fábricas y campos, bajo el amparo de María, de quien esperamos un día la bendición eterna del Señor. Todos unidos ahora, demos gracias al Señor, cantando el himno de gracia. A ti, Señor, alabamos y bendecimos."

La solemne ceremonia terminó con un "Te Deum". El Jefe del Estado y su esposa fueron despedidos por las autoridades y jerarquías presentes. El gentío que llenaba la plaza de la Virgen de los Reyes acogió su presencia con vítores y aclamaciones. El trayecto de la Catedral al Alcázar lo hicieron Sus Excelencias entre este cariñoso homenaje de los sevillanos.

En la Catedral numerosos fieles continuaron en torno al paso de la Macarena, que recibió durante largo rato el emocionante homenaje de sus devotos.—Antonio COLON.